

PQ 2286

.M5

561

1901

v.5

5099 A

QUINTA PARTE

JUAN VALJEAN





BIBLIOTECA

LIBRO PRIMERO

LA

GUERRA ENTRE CUATRO PAREDES

I

LA CARYBDIS DEL ARRABAL DE SAN ANTONIO Y LA SCYLLA
DEL ARRABAL DEL TEMPLE

Las dos barricadas más memorables que el observador de las enfermedades sociales puede mencionar no pertenecen al período en el cual se halla colocada la acción de este libro. Estas dos barricadas, símbolos ambas bajo dos aspectos diferentes de una situación formidable, salieron de la tierra cuando tuvo lugar la fatal insurrección de Junio de 1848, que es la más grande guerra de las calles que hasta hoy consigna la historia.

A veces sucede que aún contra los principios, aún contra la libertad, la igualdad y la fraternidad, aún contra

el voto universal, aún contra el gobierno de todos para todos, desde el fondo de sus angustias, de sus desalientos, de sus desnudezes, de sus fiebres, de sus miserias, de sus apuros y aflicciones, de sus miasmas, de sus ignorancias, de sus tinieblas, esa grande desesperada, la canalla, protesta, y que el populacho libra batalla al pueblo.

Los descamisados, los mendigos, los miserables atacan el derecho comun; la oclocracia se rebela contra el demó.

Son estas lúgubres jornadas; pues bien siempre hay cierta cantidad de derecho aún en esa demencia, hay suicidio en ese duelo; y estas palabras que se prodigan como otras tantas injurias, descamisados, canalla, oclocracia, populacho, miserables, atestiguan más bien la falta de los que gobiernan que la falta de los que sufren; más bien la falta de los privilegiados que la falta de los desheredados.

Por lo que hace á nosotros, jamas pronunciamos esas palabras sin dolor y sin respeto, pues cuando la filosofía sondea los hechos á los cuales corresponden ellas, encuentra de ordinario, al lado de las miserias, muchas grandezas. Aténas era una oclocracia; los mendigos, los miserables, fundaron la Holanda; el populacho ha salvado más de una vez á Roma; y la canalla seguía á Jesucristo.

No hay pensador que no haya contemplado muchas veces las magnificencias de abajo.

En esa canalla pensaba sin duda san Jerónimo, en todas esas pobres gentes, en todos esos vagabúndos, y en todos esos miserables de donde han salido los apóstoles y los mártires, cuando decia estas palabras misteriosas: *Fex urbis. lex orbis.*

Las exasperacion es de esa muchedumbre que sufre y que se desangra, sus violencias en contrasentido de los principios que son su vida, sus vias de hecho contra el derecho, son otros tantos golpes de estado populares, y deben ser reprimidos. El hombre de bien se consagra, se sacri-

fica á este acto, y hasta por amor á esa misma muchedumbre, la combate. Pero al mismo tiempo que la opone una vigorosa y enérgica resistencia, no puede ménos de disculparla! haciéndola rostro firme, la venera sin embargo! Son de esos momentos raros en que, haciendo un olo que debe hacer, siente no obstante algo que le desconcierta y que casi le disuade de pasar más adelante; se persiste, porque es necesario; pero la conciencia satisfecha se halla contristada, y el cumplimiento del deber se complica con una opresion del corazon.

Apresurémonos á decirlo, Junio de 1848 fué un hecho aparte, excepcional, y casi imposible de clasificar en la filosofia de la historia. Todas esas palabras que acabamos de pronunciar deben suprimirse ó evitarse cuando se trata de aquella insurreccion extraordinaria, en que se manifestó, de una manera tan imponente, la santa ansiedad del trabajo reclamando sus derechos. Preciso fué combatirla, y aún era un deber hacerlo, puesto que atacaba á la república. Pero, en el fondo, ¿qué fué Junio de 1848? Una rebelion del pueblo contra sí mismo.

Donde no se pierde de vista el asunto, no hay digresion; séanos, pues, permitido detener un momento la atencion del lector en las dos barricadas, absolutamente únicas, de las cuales acabamos de hablar, y que caracterizaron plenamente aquella insurreccion.

Una de ellas obstruía la entrada del arrabal de San Antonio; la otra defendia los aproches del arrabal del Temple; las personas ante quienes se erigieron bajo el esplendente azul del cielo de Junio, aquellos formidables monumentos de la guerra civil no lo olvidarán jamas.

La barricada de San Antonio era monstruosa; elevábase á una altura de tres pisos, y tenía setecientos piés de ancho, barreando de una á otra esquina toda la vasta entrada ó embocadura del arrabal, es decir, tres calles. Ha-

bian abierto delante de ella barrancos y zanjas, formado ángulos entrantes y salientes, recortándola, dentellándola y almenándola con una inmensa rasgadura, apoyándola en varios contrafuertes ó estribos que eran ellos mismos otros tantos bastiones; y poderosamente respaldada en dos grandes promontorios de casas del arrabal, levantábase erguida como un muro ciclópeo en el fondo de la plaza formidable que vió el 14 de Julio. Diez y nueve barricadas se escalonaban en el interior de las calles que quedaban detras de aquella barricada madre. Sólo al verla, sentíase en el arrabal el inmenso sufrimiento agonizante, llegado á ese momento extremo y solemne de que la miseria y la desesperacion quieren transformarse en una catástrofe. ¿De qué se componia aquella barricada? De los materiales de tres casas de á seis pisos, demolidas expresamente, decian unos. Del prodigio de todas las iras, decian otros. Tenia el lamentable aspecto de todas las construcciones del odio: la Ruina. Podia decirse: ¿quién ha construido eso? Y tambien podia decirse: ¿quién ha destruido eso? Era la improvisacion de la efervescencia. ¡Toma! ¡esta puerta! ¡esa verja! ¡aquel alero! ¡aquellas jambas! ¡esta otra estufa rota! ¡aquella marmita cascada! ¡Traedlo! ¡arrojadlo aquí todo! empujad, lanzad, rodad, acarread, cavad, ahondad, desmantelad, derribad; ¡demoledlo todo, arrasadlo todo, hundidlo todo! Era la colaboracion del guijarro, del adoquin, del morrillo, de los escombros, del madero, de la barra de hierro, del harapo, de la vidriera rota, de la silla desfongada, del troncho de col, del trapajo, del guinapo y de la maldicion. Era una cosa grande y una cosa pequeña. Era el abismo pariodado por el caos en medio de una plaza. La mole junto al átomo; el lienzo de pared arrancado y la escudilla rota; una fraternizacion amenazadora de todos los despojos y de todas las ruinas; Sisifo habia arrojado allí su roca y Job su tiesto. En suma,

aquello era terrible. Era la ciudadela de los descalzos y de los desarrapados, la acrópolis de los miserables. Varias carretas volcadas accidentaban el declive; un inmenso carromato se ostentaba de frente, atravesado, con el eje mirando hácia el cielo, que parecia un chirlo en aquella tumultuosa fachada; un ómnibus, izado alegremente á fuerza de brazos hasta la cima de aquella monstruosa aglomeracion, como si los arquitectos de aquel monumento salvaje hubieran querido añadir la bufonada al espanto, ofrecia su lanza desenganchada á no sé qué caballos errantes por los aires. Aquella acumulacion gigantesca, verdadero aluvion de la revuelta representaba al espiritu un Ossa sobre Pelion de todas las revoluciones; 93 sobre 89, el 9 Thermidor sobre el 10 de Agosto, el 18 Brumario sobre el 21 de Enero, Vendimiario sobre Prairial, 1848 sobre 1830. Hasta el sitio era adecuado al objeto; aquella barricada era digna de aparecer en el mismo lugar donde habia desaparecido la Bastilla. Si el océano hiciera diques, así es cómo él los construiria. El furor de la onda se hallaba grabado en aquel amontonamiento disforme. ¿Qué onda? la muchedumbre. Creíase ver allí la rebelion petrificada. Creíase oír zumbiar, por encima de aquella barricada, como ellas se hubiesen hallado allí sobre su colmena, las enormes abejas tenebrosas del progreso violento. ¿Era aquello un matorral? ¿era una bacanal? ¿era una fortaleza? Diríase que el vértigo habia construido todo aquello á aletazos. Habia algo de cloaca en aquel reducto y algo de olímpico en aquel barullo. Veíase allí en desesperada confusion, cabriales de techos pedazos de boardillas con su papel pintado recubriendo los tabiques, bastidores de ventanas y puertas vidrieras con todos sus cristales rotos entre los escombros, esperando los cañonazos, chimeneas arrancadas, armarios, mesas, bancos una mezcolanza extraña y chillona de todas

esas milcosas indigentes, desperdicios aún del mendigo, que contienen á la vez el furor y la nada. Diríase que aquello era el andrajo de un pueblo, andrajo de madera, de hierro, de bronce, de piedra, y que el arrabal de San Antonio le había arrojado allí á su puerta, de una escobada colosal, construyendo con su miseria su barricada. Enormes trozos de piedra en forma de tajos, cadenas dislocadas, grandes vigas, jacenas, listones, maderos en forma de escuadra, ó en forma de horca, y ruedas horizontales salientes de los escombros, amalgamaban en aquel edificio de la anarquía la sombría figura de los antiguos suplicios sufridos por el pueblo. La barricada de San Antonio hacia arma de todo; todo cuanto puede la guerra civil arrojar á la cabeza de la sociedad salía de allí; aquello no era un combale, era un paroxismo; las carabinas que defendían aquel reducto, entre las cuales había algunos trabucos y escopetas, enviaban pedacitos de loza, huesecillos, botones de frac, y hasta rodajas de mesas de alcoba, proyectiles peligrosos á causa del cobre. Aquella barricada estaba furiosa y fuera de sí, lanzando á las nubes un clamor inexplicable; en ciertos momentos, provocando al ejército, cubríase ella de gente y de tempestad; un rebullicio de cabezas ardientes y echando llamas la coronaba; un hormiguelo la llenaba; tenía sobre ella una cresta espinosa de fusiles, de sables, de palos, de hachas, de picas y de bayonetas; sobre su elevada cúspide, una inmensa bandera roja azotaba el viento; oíanse allí las voces, ó gritos de mando, los cantos de ataque, los redobles de tambor, los sollozos de las mujeres y las tenebrosas carcajadas del hambre en el colmo de la desesperación. Era desmesurada y viviente; y, como del dorso de un animal eléctrico, salía de ella un chisporroteo de rayos. El espíritu de revolución cubría con su nube aquella cima donde rugía la voz del pueblo que se

asemejaba á la voz de Dios: una majestad extraña se desprendía de aquella titánica banastada de camastros. Era un monton de basura y era el Sinaí.

Como hemos dicho anteriormente, ella atacaba en nombre de la Revolución, ¿qué? la Revolución. Ella, aquella barricada, el azar; el desórden, el azoramiento, el error, lo desconocido, tenía frente á sí á la asamblea constituyente, á la soberanía del pueblo, al sufragio universal, á la nación, á la república; y era la Carmañola desafiando á la Marsellesa.

Desafío insensato, pero heroico, pues aquel viejo arrabal es un héroe.

El arrabal y su reducto se completaban y se auxiliaban recíprocamente. El arrabal se apoyaba en el reducto, y el reducto se respaldaba en el arrabal. La vasta barricada se ostentaba como un derrumbadero, un precipicio contra el cual venía á estrellarse la estrategia de los generales de África. Sus cavernas, sus excrecencias, sus verrugas, sus gibosidades, gesticulaban, por decirlo así, y se mofaban entre la espesura del humo. La metralla se desvanecía entre aquella masa informe; las granadas se sepultaban allí, se hundían y se perdían; las balas de cañon sólo conseguían abrir agujeros; ¿para qué cañonear al caos? Y los regimientos, avezados á las más feroces visiones de la guerra, dirigían inquietas miradas á aquella especie de reducto fiero, jabali por lo erizado, montaña por lo enorme.

Á la distancia de un cuarto de legua de aquel sitio, si desde la esquina de la calle del Temple que desemboca en el boulevard cerca del Château d'Eau, asomaba uno osadamente la cabeza fuera de la punta formada por la delantera de la tienda de Dallemagne, distinguía á lo léjos, más allá del canal, en la calle que sube las pendientes de Belleville, en el punto culminante de la cuesta, una mu-

ralla extraña que llegaba á la altura del segundo piso de las fachadas, especie de guion que reunia las casas de la derecha con las de la izquierda, como si la calle nubiera replegado ella misma su pared más elevada para cerrarse bruscamente. Aquel muro estaba construido con adoquines. Era derecho, correcto, frio, perpendicular, nivelado á escuadra, tirado á cordel, alineado con la plomada. Es verdad que allí faltaba el cemento, pero, como en ciertos muros romanos, sin turbar su rígida arquitectura. Por su elevacion, se adivinaba su profundidad. El entablamento era matemáticamente paralelo al basamento. Distinguíanse, de espacio en espacio, en la superficie gris, troneras casi invisibles que parecian hilos negros. Estas troneras se hallaban separadas entre sí por intervalos iguales. La calle estaba desierta aún más allá de lo que alcanzaba la vista. Todas las puertas y todas las ventanas se hallaban cerradas. En el fondo se erigia aquella barrera que convertia á la calle en un callejon sin salida; muro inmóvil y tranquilo, en donde no se veia á nadie, ni se oia nada; ni un solo grito, ni un ligero rumor, ni un soplo siquiera. Parecia un sepulcro.

El esplendente sol de Junio inundaba de luz aquella cosa terrible.

Era la barricada del arrabal del Temple.

Desde el momento en que se llegaba á aquel sitio y que se la divisaba, áun los más osados no podian ménos de quedar pensativos ante aquella misteriosa aparicion. Aquello estaba ajustado, ordenado, encajonado, rectilíneo, simétrico y ténébre. Allí habia ciencia y tinieblas. Veíase bien que el jefe de aquella barricada era un geómetra ó un espectro. Se miraba aquello, y se hablaba despues en voz baja.

De vez en cuando, si álguien, sobre todo si era soldado, oficial ó representante del pueblo, se aventuraba á

atravesar la calzada solitaria, oíase un silbido agudo y débil, y el transeunte caia herido ó muerto, y si escapaba, veíase penetrar en alguna ventana cerrada, en la juntura de dos piedras de sillería, ó en el yeso de una pared, una bala de fusil. Á veces era una vizcaína. Pues los hombres de la barricada se habian procurado dos cañoncitos, formados con dos trozos de tubos de hierro colado, de los que sirven para las cañerías del gas, tapando uno de los extremos con estopa y tierra arcillosa. Proponíanse no gastar pólvora inútilmente. Casi todos sus disparos eran aprovechados. Veíanse acá y acullá algunos cadáveres, y charcos de sangre en el suelo. Yo recuerdo haber visto una mariposa blanca que volaba en aquella calle. El verano no abdica jamas.

En las cercanías, los portales de las casas se hallaban atestados de heridos.

Sentiase uno allí asestado por álguien que no se dejaba ver, y que toda la longitud de la calle era blanco de una punteria misteriosa.

Agrupados en masas compactas detras de la especie de caballete que formaba á la entrada del arrabal del Temple el puente cimbrado del canal, los soldados de la columna de ataque observaban, con la mayor gravedad y recogimiento, aquel reducto lúgubre, aquella inmovilidad, aquella impasibilidad, de donde salia la muerte. Algunos de ellos iban de gatas, ó arrastrándose por el suelo, hasta llegar á la parte superior de la curva del puente, cuidando bien de que sus shakós no asomaran por encima.

El valiente coronel Monteynard admiraba aquella barricada con cierto estremecimiento. — *¡Cómo está construida!* decia á un diputado de la asamblea constituyente. *Ni un solo adoquin sobresale de otro. Parece de porcelana.* En el mismo instante vino una bala sobre él-

le rompió la cruz que llevaba en el pecho, y cayó.

— ¡Cobardes! decían. Pero ¿por qué no muestran ellos su pecho al descubierto? ¡que los veamos! ¡no se atreven! ¡se esconden! — Defendida por ochenta hombres, atacada por diez mil, la barricada del arrabal del Temple se sostuvo tres días. Al día cuarto, se hizo como en Zaatcha y en Constantina, abriéronse paso los soldados penetrando por las casas, rompiendo tabiques y paredes, saliendo por los tejados; y así fué como tomaron la barricada. Ni uno solo de los ochenta cobardes pensó en huir; todos se hicieron matar allí, excepto el jefe, Barthélemy, de quien hablaremos despues.

La barricada de San Antonio era el tumulto de rayos y truenos; la barricada del Temple era el silencio. Entre ambos reductos habia la diferencia de lo formidable á lo siniestro. El uno parecia una boca de leon; el otro una máscara.

Admitiendo que la gigantesca y tenebrosa insurreccion de Junio se compusiera de una ira y de un enigma, sentíase en la primera barricada el dragon y detras de la segunda el esfinge.

Aquellas dos fortalezas habian sido edificadas por dos hombres llamados, el uno Cournet, y el otro Barthélemy. Cournet habia hecho la barricada de San Antonio; Barthélemy la barricada del Temple. Cada una de ellas era la imágen del que la habia construido.

Era Cournet un hombre de elevada estatura, ancho de espaldas, de rostro encarnado, robusto de puños, corazon atrevido, alma leal, mirada sincera y terrible. Intrépido, enérgico, irascible, tempestuoso; el más cordial de los hombres, el más formidable de los combatientes. La guerra, la lucha, la contienda, eran su elemento respirable y le ponian de buen humor. Habia sido oficial de marina, y por sus gestos y por su voz, adivinábase

desde luégo que salia del océano y que venia de la tempestad; continuaba el huracan en la batalla. Salvo el genio, habia en Cournet algo de Danton, como, salvo la divinidad, habia en Danton algo de Hércules.

Flacucho, ruin, pálido, taciturno, Barthélemy era una especie de gamin trágico que, abofeteado por un agente de policia, le esperó, le acechó, y le mató, y á la edad de diez y siete años, le echaron á presidio. Salió de él, é hizo aquella barricada.

Más adelante, cosa fatal en verdad, proscritos ambos en Lóndres, Barthélemy mató á Cournet. Algun tiempo despues, cogido entre las ruedas dentadas de una de esas misteriosas aventuras en que se mezcla la pasion, catástrofes en las cuales suele ver siempre la justicia francesa circunstancias atenuantes, pero donde la justicia inglesa no ve sino la muerte. Barthélemy fué ahorcado. La sombría construcción social se halla formada en términos que, merced á la desnudez material, merced á la oscuridad moral, aquel sér desgraciado que contenia una inteligencia, firme seguramente, grande tal vez, empezó en Francia por el presidio y acabó en Inglaterra por el cadalso. Barthélemy, en las ocasiones en que se ponía en evidencia, no enarbolaba sino una bandera: la bandera negr

QUÉ HACER EN EL ABISMO SINO CONVERSAR

Diez y seis años no pasan en balde para la subterránea educación de las insurrecciones; y Junio de 1848 sabía de esto mucho más que Junio de 1832. Así que la barricada de la calle de la Chanvrière no era sino un bosquejo y un embrion, comparada con las dos barricadas colosales que acabamos de esquivar; pero, para la época, era formidable.

Bajo la inspección de Enjolras, pues Marius no miraba ya nada, los insurrectos habían aprovechado bien la noche. La barricada había sido, no sólo reparada, sino aumentada. Se la habían añadido dos pies más de elevación. Unas barras de hierro implantadas en los adoquines parecían otras tantas lanzas en ristre. Escombros y materiales de toda especie, traídos de todas partes y añadidos, complicaban la trabazón exterior; resultando así un reducto sabiamente rehecho ó reconstruido, en muralla por dentro y en maleza por de fuera.

Habíase restablecido la escalera de adoquines que permitía subir á aquella altura como á un muro de ciudadela.

Habían hecho, por decirlo así, el menaje de la barricada, poniendo orden y buen arreglo en ella, y también habían desembarazado la sala baja, transformado la cocina en hospital de sangre, acabado de hacer la primera cura á todos los heridos, recogido la pólvora esparcida por el suelo y sobre las mesas, fundido balas, fabricado cartuchos, desbrizado gran cantidad de hilas, distribuido las armas restantes, limpiado el interior del reducto, recogido los despojos, y retirado los cadáveres.

Fueron estos depositados en un monton que formaron en la callejuela de Mondétour, de la cual eran siempre dueños los insurrectos. Durante mucho tiempo veíase aún e rojecido el suelo en aquel sitio. Entre los muertos distinguíanse cuatro guardias nacionales de las afueras. Enjolras hizo guardar aparte sus uniformes.

Había aconsejado Enjolras dos horas de sueño; y un consejo de Enjolras era una consigna. Sin embargo, tres ó cuatro solamente le aprovecharon para dormir un poco. Fenilly empleó las dos horas en grabar esta inscripción en la pared que hacía frente á la taberna:

¡VIVAN LOS PUEBLOS!

Estas tres palabras, hondamente grabadas en la dura argamasa con un clavo, se leían aún en aquella pared en 1848.

Las tres mujeres se habían aprovechado de la tregua de aquella noche para desaparecer definitivamente; lo que hacía respirar á los insurrectos más á sus anchas.

Habían encontrado ellas medio de refugiarse en alguna casa inmediata

La mayor parte de los heridos podían y querían aún

combatir. En un gran camastro hecho con colchones y con haces de heno había, en la cocina transformada en hospital de sangre, cinco hombres gravemente heridos, de los cuales dos eran guardias municipales. Los guardias municipales fueron los primeros á quienes curaron.

Ya no quedaban en la sala baja sino Mabeuf, cubierto con su paño negro, y Javert, atado al poste.

— Esta es la sala de los muertos, dijo Enjolras.

En el interior de esta sala, alumbrada apénas por una vela de sebo, proyectábase allá en el fondo, vagamente, una especie de gran cruz, formada por la sombra perpendicular del poste y del cuerpo de Javert y por la de la mesa mortuoria que se hallaba detras del poste como una barra horizontal. Javert de pié y Mabeuf tendido formaban aquella cruz colosal con su sombra.

Aunque truncada á balazos, la lanza del ómnibus se conservaba aún bastante derecha para poder colgar en ella una bandera.

Enjolras, que entre sus muchas dotes de jefe tenía la de ejecutar siempre lo que decía, colgó de aquel asta el frac agujereado y ensangrentado del anciano muerto.

Ya no era allí posible comer nada. No había pan ninguno ni carne tampoco. En las diez y seis horas que estaban allí, los cincuenta hombres de la barricada habían consumido todas las escasas provisiones de la taberna-bodegón. En un momento dado, toda barricada que se sostiene un poco se convierte inevitablemente en la balsa de la Medusa. Preciso fué, pues, resignarse al hambre. Hallábanse en las primeras horas de aquella jornada esparciata del 6 de Junio en que Jeanne, rodeado de insurrectos que le pedían pan, en la barricada de Saint-Merry, á todos aquellos combatientes que gritaban: ¡ Á comer! respondía: ¡ Comer! ¿ para qué? son las tres. Á las cuatro estaremos muertos.

Como no se podía ya comer, Enjolras prohibió el be-

ber. Ordenó abstinencia completa del vino, y una moderada ración de aguardiente.

Habían hallado en la cueva unas quince botellas llenas, selladas y tapadas herméticamente. Enjolras y Combeferre las examinaron. Al subirlas, decía Combeferre: — Esto proviene sin duda del antiguo fondo del tío Hucheloup, que comenzó por tener una tienda de ultramarinos. — Eso debe ser verdadero vino, observó Bossuet. Es una fortuna que Grantaire esté durmiendo. Si estuviera el despierto, trabajo nos costaría el poner á salvo estas botellas. — En despecho de todos los murmullos, Enjolras impuso su veto sobre las quince botellas, y á fin de que nadie las tocara y que estuviesen como depositadas en lugar sagrado, las hizo colocar bajo la mesa en que yacía el tío Mabeuf.

Á eso de las dos de la mañana, se contaron. Eran aún treinta y siete.

Ya empezaba á amanecer, y acababan de apagar el hacha de viento, que habían vuelto á colocar en su alvéolo de adoquines. El interior de la barricada, aquella especie de patiecito tomado en la calle, se hallaba como ahogado en tinieblas y se asemejaba, en medio de aquel vago horror crepuscular, al puente de un buque desmantelado. Los combatientes, yendo y viniendo, movíanse allí como otras tantas formas negras. Por encima de aquel pavoroso nido de sombras; bosquejábanse lívidamente los pisos de las casas mudas; en el punto más elevado palidecían las chimeneas. El cielo ostentaba ese magnífico color indeciso, que tal vez es el blanco, tal vez el azul. Las aves volaban por los aires, lanzando gritos de dicha y contento. La más alta de las casas, que formaba el fondo de la barricada, y se hallaba expuesta al levante, tenía sobre su tejado un reilejo color de rosa. En el ventanillo del tercer piso, el viento de la mañana agitaba los cabellos grises sobre la cabeza del hombre muerto.

— Me alegro mucho de que hayan apagado la antorcha, decía Courfeyrac á Feuilly. Esa hacha, agitándose así en el viento como azorada, me estaba fastidiando mucho. Parecía que tenía miedo. La luz de las antorchas se parece á la prudencia de los cobardes; alumbra mal, porque tiembla.

El alba despierta á los espíritus, como despierta á las aves: todos se pusieron á conversar.

Joly, al ver á un gato rondar sobre un canalon, extrajo al punto la filosofía de este hecho.

— ¿Qué cosa es el gato? exclamó. El gato es un correctivo. Cuando hubo creado al raton, Dios dijo: ¡Toma! he hecho una tontería. Y entónces creó al gato. El gato es la errata del raton. El raton, más el gato, es la prueba de la creacion revisada y corregida.

Combeferre, rodeado de estudiantes y de obreros, hablaba de los muertos, de Juan Prouvaire, de Bahorel, de Mabeuf, y áun del Cabuc, y de la tristeza severa de Enjolras, diciendo:

— Harmodio y Aristogiton, Bruto, Chereas, Stéfano, Cromwell, Carlota Corday, Sand, todos tuvieron, despues del grande acto que los señalara, sus momentos de angustia. Nuestro corazon propende tanto al estremecimiento, y la vida humana es un misterio tan grande, que, áun en un homicidio cívico, hasta en un homicidio libertador, si los hay, el remordimiento de haber herido á un hombre excede á la alegría de haber servido al género humano.

Y tales son los meandros propios de una conversacion, que un minuto despues, por una transicion que provenia de los versos de Juan Prouvaire, Combeferre comparaba entre sí á los traductores de las *Geórgicas*, Raux á Courmand, Courmand á Delille, indicando los pocos pasajes traducidos por Malfilâtre, particularmente los prodigios de la

muerte de César; y por este nombre de César, la conversacion cayó naturalmente en Bruto.

— César, decía Combeferre, sucumbió justamente. Ciceron fué severo para César, y con razon. Aquella severidad no es la diatriba. Cuando Zoilo insulta á Homero, cuando Mævius insulta á Virgilio, cuando Visé insulta á Molière, cuando Pope insulta á Shakspeare, cuando Fréron insulta á Voltaire, es una antigua ley de envidia y de odio la que se ejecuta; los genios atraen la injuria, nunca falta quien ladre, más ó ménos, á los grandes hombres. Pero Zoilo y Ciceron, son dos. Ciceron es un justiciero por medio del pensamiento, como Bruto es un justiciero por medio de la espada. Por lo que hace á mí, yo condeno esta última justicia, de la cuchilla; pero la antigüedad la admitia. César, violador del Rubicon, confiriendo, como procedentes de él, las dignidades que provenian del pueblo, no levantándose al entrar el senado, hacia, como dice Eutropio, cosas de rey y casi de tirano, *regia ac pene tyrannica*. Era un grande hombre; tanto peor, ó tanto mejor; la leccion es más alta, y de mayor provecho y trascendencia. Sus veintitres heridas me conmueven ménos que el salibazo arrojado á la frente de Jesucristo. Á César dieron de puñaladas los senadores; á Jesucristo le abofetearon los criados. Por el mayor ultraje, se distingue en seguida que es Dios.

Dominando á los que así platicaban, desde lo alto de un monton de piedras, exclamó Bossuet, con la carabina en la mano:

¡ Oh Cydathenæum, oh Myrrhinus, oh Probalintho, oh gracias de la Eantida! ¡ Oh! ¿ quién me facilitará el pronunciar los versos de Homero como un griego de Laurium ó de Eadapteen?

III

ESCLARECIMIENTO Y OSCURECIMIENTO

Enjolras había ido á hacer una exploracion ó reconocimiento del campo enemigo ; saliendo al efecto por la callejuela de Mondétour, y serpeando á lo largo de las casas.

Los insurrectos, preciso es decirlo, estaban llenos de esperanzas. La manera cómo habían ellos rechazado el ataque de la noche anterior les hacía casi desdeñar anticipadamente el ataque del amanecer. Así que le esperaban confiados y sonriendo. Para ellos no era más dudoso su triunfo que la justicia de su causa. Por otra parte, era evidente, en su juicio, que les iba á venir un auxilio, contando con él como cosa segura. Con esa facilidad de profecía triunfante que constituye una de las fuerzas del frances combatiendo, dividían ellos en tres etapas ó en tres fases ciertas la jornada que iba á inaugurarse : á las seis de la mañana, un regimiento, « que estaba bien trabajado y

dispuesto, » se les pasaría ; á las doce, la insurreccion de todo París ; al ponerse el sol, la Revolucion.

Oíase la campana de Saint-Merry tocando á rebato, que no había cesado ni un minuto desde la víspera ; prueba evidente de que la otra barricada, la grande, la de Jeanne, se mantenía siempre firme.

Todas estas esperanzas se hacían circular y se cambiaban de uno á otro grupo, en una especie de cuchicheo alegre y temible, que se parecía al zumbido de guerra de una colmena de abejas.

Por fin reapareció Enjolras, de vuelta de su expedición. Venía de su sombrío paseo de águila en la oscuridad exterior. Escuchó un instante toda aquella alegre algazara con los brazos cruzados, y con una mano puesta en la boca. En seguida, fresco y rosado en la creciente blancura de la mañana, dijo :

— Todo el ejército de París atacará. Una tercera parte de ese ejército pesará sobre la barricada donde os halláis. Además, la guardia nacional. Yo he distinguido los shakós del quinto de línea y las banderolas de la sexta legion. Dentro de una hora seréis atacados. Por lo que hace al pueblo, ayer ha mostrado alguna efervescencia, pero esta mañana no se mueve ya. No confiemos en nada, no esperemos nada. Ni un arrabal, ni un regimiento. Estáis completamente abandonados.

Estas palabras cayeron sobre el murmullo de los grupos, y produjeron el efecto que produce en un enjambre la primera gota de la tempestad. Todos quedaron como mudos. Hubo un momento de silencio inexplicable, durante el cual se hubiera oído volar á la muerte.

Este momento fué breve.

Desde el fondo más oscuro de los grupos, salió una voz que gritó á Enjolras :

— Está bien. Elevemos la barricada á veinte piés de al-

tura, y permanezcamos aquí todos. Ciudadanos, hagamos la protesta de los cadáveres. Hagamos ver que si es pueblo abandona á los republicanos, los republicanos no abandonan al pueblo.

Esta palabra caía providencialmente para despejar el pensamiento de todos de la penosa nube de ansiedades individuales. Una aclamacion entusiasta la acogió unánimemente.

Nunca se ha sabido el nombre de la persona que habia hablado de esta suerte; sin duda fué alguna blusa ignorada, un desconocido, un olvidado, un héroe transeunte, ese grande anónimo que se mezcla siempre en las crisis humanas y en las génesis sociales, que, en un instante dado, dice de una manera suprema la palabra decisiva, y que se desvanece en las tinieblas despues de haber representado, durante un segundo, en la luz de un relámpago, al pueblo y á Dios.

Esta resolucion inexorable se hallaba de tal manera en los designios, y por decirlo así, en la atmósfera del 6 de Junio de 1832, que, casi á la misma hora, en la barricada de Saint-Merry, los insurgentes lanzaban este grito que ha venido á ser histórico, hallándose consignado en el proceso: — Que nos vengan auxilios, ó que no nos vengán, ¡qué importa! Hagámonos matar aquí hasta el último.

Segun se ve, las dos barricadas, aunque aisladas materialmente, se comunicaban entre sí.

IV

CINCO DE MÉNOS, UNO DE MÁS

Despues que aquel hombre, cualquiera que él fuese que decretó « la protesta de los cadáveres, » hubo hablado y dado la fórmula del alma comun, de todas las bocas salió un grito extrañamente satisfecho y terrible, fúnebre por el sentido y triunfal por el acento:

— ¡ Viva la muerte! Permanezcamos aquí todos.

— ¿ Y por qué todos? dijo Enjolras.

— ¡ Todos! ¡ todos!

Enjolras añadió:

— La posicion es excelente, la barricada hermosa. Treinta hombres bastan. ¿ Por qué sacrificar cuarenta?

— Porque ninguno querrá marcharse.

— Ciudadanos, exclamó Enjolras, notándose en su voz una vibracion casi irritada, la república no es bastante rica en hombres para hacer gastos inútiles. La gloria vana es